

## La mujer en montaña

La mujer en montaña se criaba entre cordericos, cerner el trigo y llevar la merienda a los pastores.

Poco tiempo para ser niñas, romances breves y matrimonio. Consecuencia de ello maduraban y dirigían su casa, respetando siempre a su suegra que vigilaba a los pequeños y era una ayuda en los trabajos del hogar.

Sin duda, albergaban sueños, pero aceptaban su vida porque se sabían dueñas de la estabilidad familiar.

El horno de leña era el centro de la casa: guisos de judías blancas, arroz y patatas, tortas de Ayerbe y cocidos. Amasar el pan, lavar en el barranco, preparar las comidas y aperos para los hombres cuando se iban a la montaña. Quedarse solas en invierno mientras el ganado bajaba del valle a la tierra baja.

Pero cuando regresaban en primavera, que alegría del reencuentro. A lo mejor, incluso traía un hijo en los siguientes meses. La mujer de montaña paría sin más ayuda que las otras mujeres, así 5-6-7-8 y más de diez hijos. Estas mujeres, nacidas en el siglo XIX, a las que me refiero, cosían todas las prendas de la familia: ropa interior, calcetines previo cardar la lana, pantalones y demás ropas.

Sin olvidar el huerto, en el afán de dar de comer a los suyos. Su autoabastecimiento era total o casi total. Algunas llegaron a leer, aprendiendo a escribir en lozas de pizarra. Incluso a leer el diario si lo había; el “Mensajero de San Antonio” y el “Pan de los Pobres”. Y las que conocieron la tele no dejaban de exclamar “Y del agricultor nadie se acuerda”.

Rezaban a Santa Elena y cuando iban a su ermita a pedir “agua” se llevaban el bateaguas porque a la vuelta siempre empezaba a llover. Era tal la fe de estas mujeres.

“Me cago en el diablo ladrón”, “me cago en Judas traidor”, expresiones ante la muerte de una vaca o su ternero o cualquier otra inclemencia. Carrañaban porque solían tener genio vivo. Y también un gran corazón,

Que Dios las guarde merecedoras como son, de las alegrías del Cielo.

Amparo del Río Pascual

Casa Begola

Hoz de Jaca